

LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): ***Una mujer vestida de sol.***

Salmo (44, 10-16): **«De pie a tu derecha está la reina»**

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27a): ***Todos volverán a la vida.***

Evangelio (Lucas 1, 39-56): ***Bendita tú entre las mujeres.***

Nos cuesta abandonar los caminos que ya conocemos y aventurarnos a transitar por senderos nuevos. Con los años tendemos a volvernos cómodos, conservadores, tristes y miedosos. Solemos decirnos aquello de “siempre se ha hecho así”. Preguntas como ¿para qué? ¿Qué vamos a conseguir? Y afirmaciones del estilo de “yo ya lo intenté” “no merece la pena” “es muy complicado” nos paralizan. Expresiones así muestran la dificultad de la tarea, el hastío y el cansancio del camino y la tristeza de los fracasos. Pero también pueden ser excusas para continuar haciendo lo de siempre y evitar complicarnos la vida.

Son innumerables los grupos parroquiales que nos preguntamos, cada día, qué y cómo hacer en este nuevo tiempo social y cultural que nos llena de interrogantes: ¿De qué hablamos cuando decimos Bien Común? ¿Deseamos, de verdad, otro estilo de vida más austero y solidario? ¿Estamos al lado de los que sufren? ¿Qué valor le damos a la persona?

El papa Francisco no cesa de decirnos que debemos “salir” y “dejar salir”. Salir porque la misión requiere siempre de una salida, y dejar salir a Jesús, presente en la comunidad cristiana. La misión no tiene otro fin que facilitar el encuentro con Jesús. Quien desea encontrarse con los hombres y mujeres de hoy es Jesús, buena noticia de Dios. Nosotros podemos ayudarle en esta misión o podemos dificultar su salida encerrándole con nuestros miedos, inercias, comodidades y pecados personales e institucionales. “Dejar salir” porque Él no nos pertenece.

El evangelio nos dice que tras el anuncio del ángel, María salió apresuradamente hacia un pueblo de la montaña, para visitar a su prima Isabel. Me pregunto: ¿Por qué tanta prisa? Pienso que la respuesta es sencilla: porque María quería comunicarle a su prima la inmensa alegría que le llenaba por dentro. Dios estaba con ella, eso le había dicho el ángel. El hijo de Dios estaba creciendo en sus entrañas. Era este acontecimiento, incomprensible y excesivo, el que le impulsaba a salir presurosa de su casa hacia la casa de Isabel.

Nos falta tiempo para salir y comunicar a los demás las alegrías que nos tocan por dentro y nos cambian la vida. Las alegrías profundas nos desinstalan, nos cambian el rumbo, nos hacen salir de nosotros mismos. En la Iglesia necesitamos de esta alegría, la que llenó a María, la que llenó a Jesús. La alegría que nos hace salir de la rutina y la mediocridad. La alegría de abrir las puertas, sin miedo, para que salga Jesús.

Cuando Dios nos visita, lo más íntimo de nosotros salta de alegría, no es una alegría pasajera y efímera, sino profunda; una alegría que es don de Dios, una alegría que nos conmueve por dentro y nos mueve hacia afuera, la alegría de saber que Jesús siempre está con nosotros, una alegría que nos hace salir de nosotros mismos para comunicársela a los demás.

En la anunciación, el ángel saluda a María con estas palabras; **«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»** (Lucas 1,28). Y vemos cómo María, presurosa se pone en camino, porque está deseosa por contárselo a su prima, que también está en cinta. Será un encuentro marcado por la alegría. **«Tan pronto como he oído tu saludo, mi hijo se ha movido de alegría en mi vientre»**. Toda ella se ha conmovido de alegría, hasta el hijo de sus entrañas.

Llena de alegría María comenzó a cantar todo lo bueno que Dios había hecho en ella: **«Mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque ha puesto sus ojos en mí»**. ¡Cómo no narrar y cantar lo que Dios hace en favor nuestro, cada día! Como María hemos sido llamados para contar lo que Dios hace por nosotros cada día. La alegría es el estado de ánimo básico de la vida cristiana, aun en medio de las dificultades. La alegría que nos hace afrontar la vida con la confianza puesta en el Dios que está con nosotros.

Hemos sido llamados para descubrir, vivir y comunicar una Buena Noticia, una alegría. La alegría de saber que Dios siempre tiene misericordia, que deshace los planes de los orgullosos, que derriba a los poderosos de sus tronos y levanta del suelo a los humildes, que llena de bienes a los pobres y a los ricos los despiden con las manos vacías.

Que la alegría de saber que Dios nos ama, no es una teoría, que la hemos visto hecha realidad en María, que la hemos visto en Jesús y su vida derramada para dar vida. Es la alegría que hemos visto en los mejores hijos e hijas de la Iglesia y en todos los que hoy dan testimonio sencillo, con su vida, de que el Padre del cielo se ha fijado en cada uno de sus hijos porque nos ama.